

EL EROTISMO

EN LA OBRA DE ITALO CALVINO

Juquina Rodríguez Plaza*

*Me lanzo por caminos arriesgados, esperando
apañármelas, por razones de naturaleza.*

Italo Calvino. *Ermitaño en París.*

Me cabe una cierta sospecha de que el erotismo es el fundamento de toda literatura, en tanto ésta busca vincular, unir, fusionar lo disperso, lo desordenado, lo fragmentado del mundo. No decir que el único tema o tópico de la literatura sea el erotismo, sino que las heridas por las cuales habla la literatura –Miguel Hernández sangraba por tres: la de la vida, la de la muerte, la del amor– parten todas de un solo y general desasosiego por hilvanar, al menos, los deshilachados indumentos con los que nuestras percepciones invisten al mundo. En este sentido, me atrevería incluso a decir que el erotismo es la base o fundamento de todas las artes.

* Área de Literatura, Universidad Autónoma Metropolitana–Azcapotzalco.

Pero quizá alguien podría alegar que sólo sería así en tanto se asuma el término “erotismo” con un significado omniabarcante, como el que proporciona el *Diccionario de mitología clásica*¹ en la entrada del dios Eros: “...el huevo original cuyas mitades formaron la Tierra y el Cielo... Una de las fuerzas fundamentales del mundo [que] asegura la *continuidad* [el subrayado es mío] de las especies y el orden interno del Cosmos”. Tal definición del potente dios conviene, es decir, ‘va con’ lo que me interesa decir aquí, no sólo porque la etimología y el mito que la sustentan engloben a más cosas entre Cielo y Tierra de las que la filosofía del Horacio shakespereano pudo jamás soñar, sino también porque concuerda sin contradicción alguna con lo dicho por uno de los principales tratadistas del tema, Georges Bataille.

El francés se refiere a tres formas de erotismo: el de los cuerpos, el de los corazones y el erotismo sagrado. Y añade algo que me importa destacar: que el denominador común es que en las tres formas “lo que está siempre en cuestión es sustituir el aislamiento del ser, su discontinuidad, por un sentimiento de *continuidad* profunda.”² (El subrayado vuelve a ser mío.) Este anhelo de continuidad que aparece en ambas definiciones es el punto nodal en la obra de Italo Calvino y lo que deseo probar con algunos ejemplos de su extensa escritura.

Los apólogos, cuentos y diálogos que aparecen bajo el título general *La gran bonanza de las Antillas*³ son textos juveniles,

- 1 Constantino Falcón Martínez, Emilio Fernández-Galiano y Raquel López Melero. *Diccionario de la mitología clásica*. Madrid, Alianza Editorial, 1980. (El Libro de Bolsillo, 791)
- 2 Georges Bataille. *El erotismo*. Trad. de Toni Vicens, Barcelona, Tusquets, 1979. p.29
- 3 Italo Calvino. *La gran bonanza de las Antillas*. Trad. de Aurora Bernárdez. México, Tusquets, 1993. 321 pp.

en su mayoría inéditos, que dejó Italo Calvino antes de fallecer en 1985, al cuidado de su viuda. Desde las primeras narraciones, cuando apenas contaba con 19 años de edad, se muestra la preocupación del escritor por los temas sociales; preocupación que lo conducirá al abandono de los estudios de agronomía, a los que la tradición familiar deseaba encaminarlo, y dedicarse a la literatura. Desde el momento en que asume tal compromiso y decisión es porque ha comprendido que la literatura es la intermediaria de ese anhelo de unión entre las dos mitades del huevo original, del Eros.

El término “arte por el arte” es una abstracción que nunca ha correspondido con la realidad histórica ni literaria; a Italo Calvino le importa, en cambio, que su trabajo adecue el pensar y el hacer, que haya coherencia entre ideas y actos como única manera de integrarse consigo mismo, que es siempre integrarse con los demás. Sus palabras lo corroboran:

[...] la nuestra no fue una generación nihilista de iconoclastas o de *angry men*; al contrario, estuvo precozmente dotada de ese sentido de la continuidad histórica que hace del auténtico revolucionario el único “conservador” posible; es decir, el que en la general catástrofe de las vicisitudes humanas abandonadas a su impulso biológico sabe seleccionar lo que hay que salvar, defender, desarrollar y hacer fructificar.⁴

Si no hubiese siempre un problema que resolver, ni la escritura ni el arte en general tendrían razón de ser, no tendrían sentido. Pero sabemos que es justamente la búsqueda de sentido lo

4 *Id. Ermitaño en París. Páginas autobiográficas.* Trad. de Ángel Sánchez Gijón. Madrid, Siruela, 1996. p. 169.

que hace que el escritor se ponga a su tarea. Calvino nos ratifica esta postura en las respuestas a un cuestionario que le hicieron en 1956:

[...] Las historias que me interesa contar siempre son historias de búsqueda de una plenitud humana, de una integración, que hay que conseguir a través de pruebas prácticas y morales a la vez, más allá de las alienaciones y de los demediamientos impuestos al hombre contemporáneo. Es aquí donde creo que hay que buscar la unidad poética y moral de mi obra.⁵

A decir verdad, no sólo creí en esa unidad poética y moral aun antes de que él nos lo dijera en estas líneas de cuando tenía ya 33 años, sino que la había comprobado en su obra antes de leer sus páginas autobiográficas. Por ejemplo, sus preocupaciones y valores basados en la justicia social y el bien común son tema de sus primeros relatos. Pero aún debo insistir en que conceptos como justicia social, igualdad, cooperación, solidaridad, etc. son objetos del deseo que conllevan la idea y la meta de lograr la *continuidad* entre, por de pronto, los miembros de la especie humana.

Si, por un lado, el ser humano se sabe fragmentado y discontinuo, por el otro añora permanentemente la unión, la continuidad perfecta; incluso sabiendo –o precisamente porque lo sabe– que en el mundo material ni siquiera la transmisión de la luz o de la energía es continua. La conciencia de ello obliga, a quien tiene talento para literaturizar ese anhelo de continuidad, al esfuerzo de encontrar la palabra –entre la nada o entre el caos– para trascender con su trabajo el mundo escrito. Dicho esfuerzo se

5 *Ibid.*, p. 24.

inicia en Italo Calvino desde temprana edad. Por ejemplo, a los 19 años escribe “Solidaridad”, título de uno de los primeros cuentos de *La gran bonanza de las Antillas*, en donde expresa sus juveniles preocupaciones. El narrador en primera persona es un personaje de conducta oscilante porque actúa sin convencimiento de principio alguno. Personaje amoral, incapaz de decidir nada por sí mismo y, en consecuencia, títere de los demás que deciden por él. Primero ayuda a una pandilla de ladrones a levantar la cortina de la tienda que van a robar y por donde él pasaba de casualidad; luego se une al grupo que persigue a los delincuentes; después corre indistintamente con unos o con otros para finalmente quedarse solo y al azar. Por un lado, la anécdota muestra por sí misma la posición anarcoide y pesimista de Calvino, además de una moral refractaria a lo político como autodefensa del mundo circundante que el prematuro escritor imaginaba dominado para siempre por el fascismo y por el nazismo;⁶ por el otro, la convicción de la función social –pero nunca dogmatizada– que tiene la literatura.

¿Cómo evita Calvino el tono dogmático de sus cuentos? Adoptando la postura intelectual de Sócrates: la ironía, la sátira, el apólogo. La nota que nos obsequia la que después sería su mujer, como introducción a los cuentos de *La gran bonanza de las Antillas*, transcribe lo expresado por Calvino en 1943:

El apólogo nace en tiempos de opresión. Cuando un hombre no puede dar clara forma a sus ideas, las expresa por medio de fábulas. Estos cuentos corresponden a las experiencias políticas y sociales de un joven durante la agonía del fascismo.⁷

6 *Ibid.*, p. 161

7 *Id. La gran bonanza de las Antillas*, p. 8

El final de la guerra y del fascismo no hicieron cambiar a Calvino en su elección de formas literarias y continuó escribiendo muchos de sus cuentos en forma de apólogo. También permanecerá fiel a su anhelo de continuidad, extendiendo y diversificando su erotismo desde el mar de Las Antillas hasta el Mediterráneo. Y no me refiero a su fortuito nacimiento en Santiago de las Vegas, en Cuba, sino al título que recoge sus primeras narraciones (rememoraciones, algunas, de su vida ya en San Remo, ya en Turín) y a que, en las que siguió escribiendo, nunca abandonó esas formas preferidas para expresar sus ideas y principios basados en valores colectivos y continuó manejando el apólogo, la sátira, la polémica y la ironía. Ironía como método; es decir, en tanto desviación necesaria del objeto observado con la intención de ver el mundo rectamente. Ironía, y por supuesto autoironía, como forma de templar, a la vez, su enorme vitalidad y una superabundancia de energía que lo indujo a entrar en una organización comunista clandestina como *partisano*, más tarde en la Resistencia y, al mismo tiempo, continuar con su trabajo de escritor. La necesidad de acción en la política fue la razón de más peso para ingresar al partido comunista en 1944, en el que permaneció hasta 1957, “por exigencia de que la riqueza del mundo no sea despilfarrada sino organizada y hecha fructificar según la razón en interés de todos los hombres vivos y venideros.”⁸

Esta energía guerrillera tanto en el campo de la acción política como en el de las letras mantiene al escritor en una permanente tensión vital. Tensión voluntaria, proveniente, además, de su propia naturaleza que al mismo tiempo busca templar, demediar.

8 *Id. Ermitaño en París*, p. 166.

“Comunista demediado”⁹ llama Carlo Bo a Italo Calvino en una entrevista del año 1960; sin duda es también anarquista periodista botánico dramaturgo filósofo ensayista demediado. Prueba, al menos de esto último, es que el género ensayístico ocupa menos páginas que el narrativo y quizá por esa preferencia su último ensayo quedó inconcluso. (En *Seis propuestas para el próximo milenio* nos pudo recordar sólo cinco *memos* para la narrativa futura: levedad, rapidez, exactitud, visibilidad y multiplicidad; cualidades que habría que comprobar si aplica o no en sus escritos pero que no compete en este momento analizar.) Lo que importa ahora señalar es que su postura fue siempre dialéctica en todos los campos. Él no desea “excluir los contrastes dramáticos, los nudos de las contradicciones, las grandes tensiones de la voluntad, de la pasión, de la aversión”¹⁰, aun a costa de una locura igual que la del protagonista narrador de “La aventura de un fotógrafo” quien aspira a, ni más ni menos, poder capturar los sueños con la cámara. La aspiración de hallar el *continuum* entre el reflexionar y el escribir de Calvino se expresa en boca de este fotógrafo para quien su verdadera pasión era “comentar con los amigos los acontecimientos pequeños y grandes, desentrañando de los embrollos particulares el hilo de las razones generales.”¹¹ Es necesario mantener la tensión para explicarse y explicarnos las relaciones de los objetos en el mundo, y esta continuidad móvil es la que hace de su obra entera una novela interminable y que cada uno de sus textos narrativos sea tan distinto del anterior y del que le postcede. Como si en cada una de

9 *Ibid.*, p. 142.

10 “La aventura de un fotógrafo” en *id.* *Los amores difíciles*. México, Tusquets, p. 73.

11 *Ibid.*, p. 69.

sus historias nos estuviera repitiendo: “No era sólo eso lo que yo quería decir”.

Buscando siempre la antítesis necesaria, el cazador de lo inabismable, el cazador de ausencias es siempre un erotómano en eterna tensión dialéctica entre la temporalidad de los asuntos humanos y la eternidad de Eros. Si siempre se escribe partiendo de una carencia, de una ausencia, Italo Calvino encuentra muchas en las formas en que se gobiernan los seres humanos. En “La decapitación de los jefes” propone un nuevo modelo de sociedad cuyo sistema político esté basado en la matanza ritual de toda la clase dirigente a intervalos de tiempo regulares, ejecución que los propios jefes electivos aceptan porque “no se puede querer ser jefe sin querer al mismo tiempo el tajo del hacha”¹². Ni la ironía y ni siquiera el sarcasmo explícito en este planteamiento de “verdadera vida democrática” están nunca expresados con acidez en Calvino, aun los problemas más graves o que hacen dificultoso y pesado el vivir los formula de manera ligera y grácil.

Pero si la literatura no basta para asegurarme que no hago sino perseguir sueños, busco en la ciencia alimento para mis visiones, en las que toda pesadez se disuelve...

nos dice en *Seis propuestas para el próximo milenio*¹³, actitud que lo llevó a escribir más cuentos que nos hicieran vivir lo cotidiano en los confines más extremos de nuestra experiencia con *Memoria del mundo y otras cósmicas*. Y aún podemos encontrar ese ansia de continuidad —esencia del erotismo— en su

12 *Id.*, *La gran bonanza de las Antillas*, p.171.

13 *Id.*, *Seis propuestas para el próximo milenio*. Trad. de Aurora Bernárdez, Madrid, Siruela, 1989. p. 19.

principal novela *Si una noche de invierno un viajero*, de la que Hans Robert Jauss habla desde la perspectiva o teoría de la recepción de la cual es el sumo sacerdote,¹⁴ y en la que Italo Calvino plantea la separación entre el ego del escritor y el alter ego del Mismo y el desasosiego ante el hiato que existe entre lector y escritor, desasosiego que le lleva a formular la ficción erótica de unir la acción de escribir con la acción simultánea de ser leído.

El erotismo del cuerpo (del que, contraviniendo el análisis minucioso de Bataille, no deseo separar del corazón) es fácilmente reconocible en *Los amores difíciles*, trece cuentos (publicados en 1958) cuyos títulos se inician todos con “La aventura de...” (“un soldado, un bandido, una bañista, un empleado, un fotógrafo, un viajero”, etc.) en los que más que aventuras de amor son desventuras; o como el propio autor explicaría doce años después: “...lo que hay es una dificultad de comunicación, una zona de silencio en el fondo de las relaciones humanas”.¹⁵ No obstante esa relativa dificultad, las formas de relación entre la pareja humana —llámese atracción física, deseo de apropiación, enamoramiento, amor o cualquier otro nombre que se le quiera dar— el erotismo está siempre más allá de las palabras con que se expresa. Así, El Empleado vive en plenitud su aventura de amor, y también su desventura al no poder comunicar su felicidad a los demás ni ponerla en las palabras y los gestos cotidianos; su dolor es darse cuenta de que toda experiencia indecible se pierde enseñuida.

14 Cf. Alberto Vital, *Conjuntos. Teorías y enfoques literarios recientes*. (ed.). México, UNAM. Instituto de Investigaciones Filológicas / Instituto de Investigaciones Literarias y Semiología, pp. 163–193.

15 Ver nota introductoria a *Los amores difíciles*, p.15.

Eros es fugaz. El eros de Calvino no siempre consigue aquello que persigue, inflama el corazón de las voces narrativas, pero luego hace que el corazón se confunda por la inoportuna razón o por el logos que pretende fijar lo huidizo. El primer caso lo ilustra “La aventura de una bañista”, una matrona que mientras disfruta sensualmente su nado en el mar pierde el pantaloncito de su traje de baño y, con tal de no dejar ver su desnudez de la que no está satisfecha, no pide auxilio y permanece durante horas encubriendo sus blancas redondeces con el agua. Sus razones o prejuicios burgueses casi le hacen perder la vida, si no es porque la rescatan un viejo pescador y su nieto ante quienes las preocupaciones de la señora parecen bastante tontas comparadas con la vida de lucha y de trabajo de ellos. El segundo caso lo ilustra “La aventura del poeta” –en la que también se traslucen rasgos autobiográficos como en “La aventura del fotógrafo”– donde es explícita ese ansia de decir lo no dicho, de cifrar la costa frías entre el mundo escrito y el no escrito. Es en última instancia el anhelo de vincular lo que está desunido: las ideas y conceptos con la palabra, la palabra con la acción, la acción con los ideales y así “sujetar al mundo para que no se deshaga”.¹⁶ Calvino desea lo que está en permanente fuga, cambio constante, movimiento perpetuo; a la vez en permanente presencia en y con el lenguaje. Pero el lenguaje por su lado dispersa, separa, fragmenta la totalidad que el escritor busca y es la esencia del erotismo. Sus textos dispersan y a la vez reúnen esa unidad del espíritu humano que sólo se encuentra en el momento supremo, en la cumbre, en el éxtasis.

Lo que Bernini esculpió en mármol y Georges Bataille analizó en extenso, está literaturizado por Italo Calvino en un excelente

16 Cf. I. Calvino, *La gran bonanza de las Antillas*, p. 223.

cuento largo titulado “Bajo el sol jaguar”¹⁷ en donde conjunta las tres formas de erotismo de las que habló Bataille. En el relato, una pareja de turistas ilustrados emprende un doble viaje: al interior de sí mismos y a varios estados de la República Mexicana. La historia arquitectónica maravilla a ambos; pero es, sobre todo, la historia culinaria del país la que cautiva a la mujer. La pasión gustativa que se apodera de ella se resuelve en sabiduría a través del sabor. Lo que el marido–narrador verbaliza diestramente, ella lo expresa con movimientos lentísimos de labios saboreando unos chiles en nogada, o con un entrecerrar de párpados para detenerse en la suavidad del aguacate, o mediante una ligera presión de la lengua contra el paladar para extraer con fruición el jugo del fruto tropical. La sensualidad de la pareja y su forma de comunicación no se da en un lecho sino en la comunión silenciosa de la mesa, durante la cual ella seduce a su comensal para compartir el sacrificio sagrado de una suerte de misa a través de un doble juego de papilas. Se podría decir que la pareja comparte la idea de que la significación de la vida no es asunto de discusión racional ni algo a lo que se le pueda dar fundamentos intelectuales, sino que es en esencia un asunto místico, y, desde luego, sagrado. Tan sagrado como la comida ritual del sacrificio humano prehispánico –evocado por el matrimonio viajero ante un plato de pozole– ceremonia que no sólo el sacerdote gozaba, sino el propio sacrificado por el honorable placer de servir de alimento divino, por ser la ambrosía, el transmisor de la fuerza divina. La participación cómplice –tanto en el ritual prehispánico como en los comensales del cuento de Calvino– hace desaparecer la oposición de víctima y victimario o de seductor y

17 *Id.*, *Bajo el sol jaguar*. Trad. de Aurora Bernárdez. México, Tusquets Editores, 1992. pp. 37–70.

seducido porque ambos contribuyen con papeles distintos —el narrador, verbalizando; ella, mediante el *sapere* silencioso— al mismo acto solemne de sacralización del dios Eros. Si bien sabor y saber provienen de la misma raíz latina, “el saber es un punto intermedio entre la ciencia y la ignorancia”¹⁸; no es tanto un nivel o grado de conocimiento, sino que el saber por el sabor, por la percepción sensorial, sería el medio o vehículo con el cual él y ella se hacen uno con el mundo. Es el momento en el que la discontinuidad se anula y se revela la plenitud.

Degustar los textos de Italo Calvino es estar en ese espacio erótico (en el sentido de mediador de lo que existe entre Cielo y Tierra) tan ventajoso para quien lee, pues el lector no está consreñido a otorgar a esos textos una sola interpretación, sino a vivir la orgía erótica de crear sus propias relaciones mentales que los lenguajes, sistemas, mundos, proyectos y épocas de los textos de Calvino superponen y proponen continuamente. ↩

18 Araceli Colín. “El sacrificio ritual y el goce”. (Artículos de próxima publicación).